

Moulin Rouge y Amelie. Canciones y juegos para decir Te Quiero.
Luisa Moreno Cardenal.

Quien entró en el siglo XXI gustándole el cine musical, aprendió hace tiempo a vivir con una melancolía de décadas amortiguada anecdóticamente por algún experimento de los ochenta donde Olivia Newton-John, eternamente joven, reaparecía patinando con un Gene Kelly ya mayor. La melancolía sólo se alimentaba revisitando aquellas películas musicales que para algunos hace tiempo son obras de culto. Las canciones se silban por las calles, por el metro; a veces incluso se hace alguna adaptación para que la vida cotidiana sea un poco más vistosa (Madrid, Madrid, qué bonita ciudad...).

Cuando ya se ha asumido, como quien ha perdido un dedo, que hay que vivir con esa carencia, ocurre algo inesperado y maravilloso. Alguien, en el siglo XXI, decide hacer una película musical y nos da así la oportunidad de tener de nuevo todos los dedos y recuperar la esperanza: el show va a continuar. Y existe aún la posibilidad de que alguien se suba a lo más alto a cantar a viva voz lo enamorado que está. Oír este "¡Cuánto te quiero!" cantado en la oscuridad de la sala, a solas con ese valiente, no hace más que renovar en el que mira y en el que escucha la sensación de enamorarse por primera vez y justificarlo todo, hasta el hecho de que todos canten y bailen en la pantalla. Se renueva la sensación de querer, el deseo (imaginario, o no) de quien contempla desde su butaca con la fascinación de un enamorado que encuentra por fin el ritmo en algo ajeno a él. Con Moulin Rouge se recupera cinematográficamente ese ritmo, ese deseo y esa fascinación; confieso, de manera personal, que esta película me ha sacado del estado melancólico y ahora pienso que únicamente ha sido un gran lapso de tiempo lo que ha habido entre Brigadoom y Moulin Rouge. Es posible la renovación; ya no tendré que ver una y otra vez Brigadoom para reencontrarme con mi momento de felicidad musical porque el show continúa.

Con el mismo entusiasmo cabe agradecer a Jeunet que haya recuperado el universo infantil instalando sus juegos y sus colores en el mundo adulto de Amelie. Debo confesar algo más: otra pesadumbre con la que me estaba acostumbrando a vivir era que llegaba una edad en la que había que optar por el gris o por el marrón y ocultar en lo más profundo tus cariños por juguetes y animales domésticos, que para muchos son puros fetiches de los que no es adulto hablar.

Dicen que Amelie está revolucionando Francia, y todas las adolescentes van en tropel a las peluquerías a cortarse el pelo como ella, y se visten como ella y aprenden a rebotar piedras en el agua...

A poco escéptico que se tenga el corazón, uno no se unirá a este tropel, pero es de agradecer que alguien lo haga, brindándonos la oportunidad de que el corazón escéptico se desperece un poco y asome el gesto que Amelie ve en las caras de la gente cuando, en el cine, en lugar de mirar a la pantalla, mira al público.

Epílogo.

En la película Annie Hall, un Woody Allen-niño visita al médico con su madre. Está deprimido por algo que ha leído: "El universo se expande". La madre trata de consolarle diciendo que eso no le debe preocupar porque ellos viven en Brooklyn, y el médico le promete que "el universo se expandirá dentro de billones de años. Hasta entonces ¡tratemos de pasarlo lo mejor posible, muchacho!".

El horror vacui se ataja llenando el plano. El espacio.

Baz Luhrmann y Jean-Pierre Jeunet lo han "intentado".

¿Es tiempo de revisar nuestros juguetes y cantar por los tejados?.

Quizá a alguien le venga bien.